


**Serón Ordóñez, Inmaculada, *Twelfth Night llega a España. La versión de Jaime Clark: traducción y mediación cultural en torno a Shakespeare*.
Valencia: Tirant Humanidades 2023. 228 pp.**

Helena Terrados González 

<https://dx.doi.org/10.5209/estr.98136>

El presente volumen ofrece la edición traductológica de la comedia shakesperiana *Twelfth Night or What You Will* en la versión al castellano de Jaime Clark, que se publicó en 1873-1874 en la editorial Medina y Navarro. El objetivo de la autora es proporcionar al público un estudio pormenorizado de las traducciones de la obra y de su traductor, junto con el texto editado, con la intención última de revalorizar el papel de Clark como pionero en volcar al castellano el corpus de Shakespeare directamente desde el inglés y en verso. Este trabajo está amparado por el Proyecto de Investigación “Corpus paralelos online del español. Una herramienta multifuncional para la traducción, el aprendizaje de lenguas y la investigación lingüística” (PID2021-125313OC-I00) de la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, así como por el Departamento de Filología y Traducción de la Universidad Pablo de Olavide.

Tras una breve “Introducción” (pp. 13-15) en la que la autora justifica la pertinencia de este estudio y reivindica la figura de Clark, desconocida frente a otros traductores del Bardo, el volumen se estructura en dos bloques diferenciados: en primer lugar, un estudio introductorio de la comedia, sus traducciones y la mencionada versión de Clark (pp. 17-80); después, la propia edición traductológica (pp. 81-219), de suerte que el acercamiento a la obra y su contexto resulta directo, completo y exhaustivo tanto desde el punto de vista académico como literario.

El primer bloque se divide, a su vez, en tres apartados que pretenden profundizar en los diversos aspectos contextuales de esta versión de la comedia inglesa, con lo que se presenta un análisis inductivo, de lo general a lo particular. Así, en un primer apartado (“1. Historia de la traducción de Shakespeare al castellano”, pp. 17-32) se ofrece una panorámica general de la trayectoria histórica de sus traducciones, en la que pueden diferenciarse un primer período (1772-1872), con predominio de la traducción a partir de las versiones francesas, y un segundo período (1896-1972) en el que se va generalizando la traducción directa desde el inglés; Jaime Clark y su sucesor, Guillermo Macpherson, actúan como bisagra entre ambas etapas, pues serán quienes emprendan “los primeros grandes proyectos de traducción de todo el corpus shakesperiano desde el inglés” (p. 17). De esta forma, en el apartado 1.1., “Predominio de la traducción del francés y en prosa (1772-1872)”, se enumeran los primeros intentos de verter al castellano las obras de Shakespeare, caso del *Hamleto, rey de Dinamarca* (1772) de Ramón de la Cruz a partir de la adaptación francesa de Jean François Ducis; del *Hamlet* (1789) de Leandro Fernández de Moratín, directamente del inglés y con introducción y notas; y, sobre todo, de los trabajos de Matías de Velasco y Rojas (*El mercader de Venecia* y *Romeo y Julieta*, 1872), quien tradujo, además, por primera vez la obra lírica de Shakespeare, también desde el inglés, aunque en prosa. En el apartado 1.2., “Jaime Clark y su sucesor Guillermo Macpherson (1872-1896)” (pp. 19-21), la autora analiza someramente la figura de Clark —en la que profundizará más adelante— y su aportación al panorama de estudio, pues se propuso “respetar la variedad de estilos del dramaturgo, incluida la alternancia entre verso y prosa” (p. 19) y, tras su muerte, cómo Guillermo Macpherson, auspiciado por el editor de Clark, Luis Navarro, tomó el testigo y continuó su trabajo con la publicación de 23 dramas siguiendo los modelos de Clark (“vertió la prosa en prosa, el *blank verse* en endecasílabos blancos y el verso rimado en verso rimado”, p. 20); esta labor conjunta de Clark y Macpherson, sumada a la creciente puesta en escena por parte de compañías italianas, favoreció la difusión del conocimiento del Bardo a finales del siglo XIX más allá de las fronteras anglosajonas. El apartado 1.3., “Predominio de la traducción del inglés... en prosa (1896-1974)” (pp. 21-24), ofrece un recorrido de las aportaciones que llegaron en el siglo XX, donde destaca el papel de Cipriano Montoliu (18 dramas en prosa), Vicente Blasco Ibáñez (35 dramas en prosa vertidos del francés), Luis Astrana Marín (primera colección completa de todas las obras de Shakespeare vertidas del inglés, aunque en prosa, en 1929) y, en su misma línea, José María Valverde, afamado traductor (Premio Nacional de Traducción “Fray Luis de León” [1957, 1976] y Premio Nacional a la Obra de un Traductor [1990]) que, con todo, reconocía que toda versión que tuviera que renunciar al verso, como la suya, era una “traducción fracasada”

(p. 23). Finalmente, la autora subraya el alza de traducciones en la década de los setenta del pasado siglo, donde destacan los 12 dramas de la editorial Bruguera a manos de Jaume Navarra Farré. El último punto (1.4) de esta sección, “Predominio de la traducción del inglés en verso (1975-)” (pp. 25-32), refleja lo mucho que se ha avanzado en las últimas décadas en la materia, pues cada vez se fomenta más la fidelidad al verso y se va desterrando el francés como lengua de origen. Destacan los trabajos de Auad y Mañé Garzón, la creación del Instituto Shakespeare (1978) y su deseo de “crear versiones ‘actuables’” (p. 25), el Proyecto Shakespeare de la Universidad Nacional Autónoma de México (1980) y, sobre todos ellos, las traducciones de Ángel-Luis Pujante, quien, heredero de la labor de Clark y Macpherson, respetó la oscilación rítmica de los originales y ofreció una traducción que respondía a un “triple propósito de fidelidad: a la lengua de Shakespeare [...], al idioma del lector [...] y a la naturaleza dramática de la obra” (p. 30); la autora también recoge las últimas versiones de los sonetos, destacando la de Marcelo Cohen (en 2003 en la editorial Norma), la de Antonio Rivero Taravillo (en 2009 en Almuzara) y la de Bernardo Santano (en 2013 en Acentilado) (pp. 31-32).

En el segundo capítulo (“Jaime Clark”, pp. 33-46), la profesora Serón deja de lado la mera catalogación y brinda al lector un más que loable trabajo investigador acerca de la biografía de una figura tan desconocida como Clark. La autora analiza documentación de archivo y prensa para discernir, por un lado, la vida del traductor (2.1. “Vida de Jaime Clark”, pp. 34-36): napolitano de nacimiento, hijo de británicos, formado en Alemania y residente en España durante casi diez años (ca. 1865-1875), y, por otro (2.2. “Obra de Jaime Clark”, pp. 37-46), el análisis de su producción limitada al ámbito español, donde descolló en la prensa liberal y como traductor del alemán, además de su trabajo con el canon shakesperiano. A partir de la p. 42, el estudio ahonda en el pensamiento traductológico de Clark desde su propio testimonio personal, pues, consciente de sus limitaciones como no nativo español, defiende que debe plegarse al sentido, la métrica y la fraseología del original, si bien da primacía al hecho de crear un texto comprensible y ameno: “He preferido siempre sacrificar la forma al pensamiento” (p. 43), afirma, en nuestra opinión, muy acertadamente.

Este análisis de su propia concepción del *modus interpretandi* supone la antesala idónea para introducir el trabajo en cuestión, que se aborda en el siguiente capítulo, “*Twelfth Night* en versión de Jaime Clark” (pp. 47-80). Se ofrece, así, un examen de “El original, una comedia clave de Shakespeare” en el apartado 3.1. (pp. 47-55) y se define *Twelfth Night* como “un compendio de las diecisiete comedias [...] en el que el dramaturgo revisa su actitud ante algunas de las ideas que se habían expresado ya a través del género cómico” (p. 48), lo que realza la relevancia de la obra. Se aportan, además, las principales características tanto formales como de estilo y de contenido, la importancia de *puns* y *wordplays*, los recursos literarios más representativos y, en definitiva, las evidencias de que el texto pertenece a un Shakespeare ya maduro y experto, donde “nada es lo que parece ser, ni en el plano dramático ni en el lingüístico” (p. 55). A continuación (apartado 3.2., “La traducción de Jaime Clark”), la autora estudia exhaustivamente la labor del napolitano, ofreciendo numerosos pasajes tanto del original como de la versión de Clark y, como complemento, de otras versiones reconocidas con las que establecer comparaciones y comprender, así, el recorrido diacrónico de las traducciones de la obra. Hemos de destacar que los fragmentos presentan los términos más notorios subrayados en el prototexto y en sus traducciones, lo que facilita considerablemente al lector la tarea de interpretar las reflexiones de la autora. Reflexiones que se detienen especialmente en los modos de Clark, pues analiza las transformaciones del verso, así como las ampliaciones, omisiones, modulaciones y adaptaciones presentes en el texto de llegada, con especial atención al tratamiento de las referencias culturales, donde es posible encontrar arreglos sumamente acertados –como es el caso de los paralelos en las danzas, monedas, juegos...– y notoriamente desafortunados –por ejemplo, con alusiones religiosas innecesarias o culturales muy alejadas del panorama inglés de la época–. El capítulo se cierra con una breve nota a la presente edición (3.3., “Edición traductológica de *Twelfth Night* en versión de Jaime Clark”, pp. 79-80), donde la profesora Serón expone someramente el método que ha aplicado.

Esta metodología se refleja a las claras en la edición de la obra (pp. 81-219): sin actualizar ni la ortografía ni la puntuación de la versión original del napolitano y tras verificar la traducción con la edición de 1865 de The Globe Edition, se ofrece un nutrido aparato crítico que anota, como queda dicho, cada ampliación, omisión, transcreación, generalización, particularización, adaptación, modulación, añadido o traducción alejada del sentido del original –terminología esta empleada por la autora a lo largo de la edición, tal y como declara en la Introducción (p. 15)–, junto con el fragmento concreto del prototexto en inglés para que el lector pueda corroborar las observaciones; aún más, en ocasiones el texto original también se incorpora al aparato (señalado con la abreviatura “TO”) incluso cuando la traducción es simplemente algo oscura, para que el lector nunca pierda de vista el sentido primigenio. Asimismo, se recogen, en pasajes representativos, diversas lecturas contrastadas de las traducciones de Astrana Marín, Valverde, el Instituto Shakespeare y Pujante, con lo que brinda al interesado todo el abanico de las versiones más importantes de la obra. El resultado es una edición crítica traductológica rigurosa, completa y sumamente cuidada.

En definitiva, Serón Ordóñez acerca a los lectores al conocimiento de Shakespeare, pero desde un prisma innovador: un traductor desatendido por la tradición y una obra que, como el resto de las comedias shakesperianas, “ha recibido [...] menos atención que sus tragedias” (p. 47). El estudio de la figura y la labor de Clark es pertinente y más que certero en tanto que la teoría traductológica que defendía y que aplicaba a sus trabajos resulta sumamente acertada, al dar primacía al sentido, al lector, al estilo de Shakespeare y a la naturaleza de la obra. Más allá de las interferencias culturales que se deslizan entre sus páginas, tal y como afirma Serón en su título, Jaime Clark es un auténtico “mediador cultural” (p. 76), pues abrió al público las puertas a un Shakespeare genuino. Así, y como demuestra el presente trabajo, Clark se erige en agente imprescindible para el conocimiento verdadero de uno de los dramaturgos más influyentes de nuestra cultura occidental.